

La política de la enemistad: Bolsonaro en Brasil¹

Esther Solano Gallego²
Universidad Federal de São Paulo

Resumen

La elección de Jair Bolsonaro a la presidencia de Brasil golpeó a la política de ese país con una fuerza inesperada. Manifiesta una tendencia mundial, en la que candidatos de extrema derecha ganan elecciones sirviéndose del sentimiento de frustración y desesperanza, y promoviéndose con discursos que ofrecen renovación. Los partidos tradicionales, enfocados en la lógica del poder y de la gobernabilidad, se vieron afectados por el enorme desgaste de las instituciones, y el ciudadano común los culpa de las crisis económicas y sociales infligiéndoles un voto de castigo. Estamos frente a una tendencia política que no se fundamenta en cuestiones programáticas ni propositivas, sino en la mera negación: es antisistémica, antipartidista. Es la política de los antagonismos. El rechazo al otro se convirtió en una fuerza electoral irresistible. La elección de Bolsonaro tuvo otro aspecto inquietante: la “bolsonarización” de la sociedad brasileña. Durante la campaña de Bolsonaro, la figura del enemigo sufre un ensanchamiento que abarca a todo el espectro progresista. El discurso simbólico construido durante dicho proceso difundió que las izquierdas —categoría polisémica que incluía a activistas por los derechos humanos, profesores, manifestantes— eran una “bola de vagabundos” que “maman de las ubres del Estado” y “quieren que los delincuentes gocen de derechos”, según la lógica binaria que separa a las personas en ciudadanos de bien, por un lado, los que encajan en los esquemas conservadores y meritocráticos, y por el otro los delincuentes, o sea todos los que no entran en ese patrón. Esta situación plantea elementos altamente corrosivos para la democracia, como la retórica antisistema y la instrumentalización de las ansias de renovación política, las alabanzas a una justicia mesiánica, el antipartidismo, la visión del adversario político como enemigo por aquilatar, el antiintelectualismo; elementos todos que fueron fundamentales para la victoria de Bolsonaro.

Palabras clave: Política de Brasil, Jair Bolsonaro, extrema derecha, política de antagonismos.

¹ Traducción de María Cristina Hernández Escobar

² Profesora de la Universidad Federal de São Paulo

Abstract

Jair Bolsonaro's election as president of Brazil struck politics in that country with an unexpected blow. It manifested a worldwide trend consisting on extreme right candidates winning elections by making use of feelings of frustration and hopelessness prevailing among the electorate, promoting themselves with promises of renewal. Traditional parties, focused on the logics of power and governability, were affected by an enormous institutional decay. The common citizenry blames them for the economic and social crises, and uses its vote to punish them. We are facing a political trend that is not based on programatic or proactive proposals, but on mere denial: it is antisystemic, antipartisan. It is the antagonistic politics. Rejecting the Other became an irresistible electoral force. Bolsonaro's election showed another unsettling aspect: the "bolsonarization" of Brazilian society. During his campaign, the image of the enemy is stretched to encompass the whole progressive politics actors. The symbolic discourse built during that process portrayed the left as a polysemic category that included human rights activists, professors, rally participants. They were all seen as "a bunch of slackers" that "suck from the state's tits" and "wish that criminals enjoy rights". This portrayal expressed the binary logics separating people in two fields: on the one hand good citizens, those who neatly fit in the conservative, meritocratic schemes, and on the other hand criminals, those who don't fit that scheme. This situation creates highly corrosive elements for democracy, such as an antisystemic rhetoric and instrumentalization of the yearning for political renewal, praises for mesianic justice, antipartisanship, a vision of the political adversary as an enemy to destroy, and antiintellectualism; all of them elements that played a key role in Bolsonaro's victory.

Keywords: Brazilian politics, Jair Bolsonaro, extreme right, antagonistic politics.

La ola bolsonarista golpeó la política brasileña con una fuerza inesperada. Jair Bolsonaro ganó las elecciones con tan sólo ocho segundos de campaña en televisión, consiguió que el Partido Social Liberal (PSL), hasta entonces insignificante, obtuviera 52 escaños en la Cámara de Diputados y que la población hablara del 17 (número electoral que identificaba al candidato en la contienda), desafiando los clásicos análisis de la ciencia política, que daban por hecho, categóricamente, que sin suficiente tiempo oficial destinado a la campaña y sin un partido político tan notorio el candidato no tendría ninguna oportunidad de llegar al palacio presidencial de Planalto.

Como si eso no bastara, algunos de los nuevos diputados estatales y federales del PSL obtuvieron votaciones inusitadas, como Eduardo Bolsonaro, hijo del nuevo presidente, quien fue el diputado federal más votado de la historia, con más de 1 800 000 sufragios y, Janaina Paschoal, una de las abogadas responsables del *impeachment* contra Dilma Rousseff, fue electa diputada estatal por São Paulo, con una cifra récord de más de dos millones de votos.

De forma paralela, candidatos absolutamente desconocidos en la escena política fueron electos gobernadores, restando fuerza a políticos tradicionales. En Minas Gerais, Romeu Zema, del Partido Novo (conocido coloquialmente como Novo) y con el número electoral 30, obtuvo el 71.8 por ciento, aniquilando al *tucano* Antonio Anastasia (PSDB).³

En los comentarios finales del debate electoral al gobierno del estado de Minas Gerais, declaró: "los que quieren un cambio con certidumbre pueden votar por candidatos diferentes, como [João] Amoêdo y [Jair] Bolsonaro". De la misma manera, en Río de Janeiro, el exjuez Wilson Witzeldo, del Partido Social Cristiano (PSC), se impuso frente al del Movimiento Democrático Brasileño (MDB), Eduardo Paes.

Witzeldo, que había iniciado la disputa por el gobierno del estado de Río de Janeiro con un dígito de intención de voto, pactó una alianza con Flávio Bolsonaro y pidió votar

³ Se llama *tucanos* a los miembros del psdb por tener como mascota un tucán amarillo y azul. El énfasis es propio. [Nota de la traductora.]

por el presidenciable en el último debate de gobernadores en la televisora Globo, además de aparecer en la última transmisión en vivo de Jair Bolsonaro por Facebook. Obtuvo 3.1 millones de votos.

No estamos frente a un fenómeno regional ni nacional. En varios países, como Estados Unidos con Donald Trump, Italia con Matteo Salvini o Hungría con Viktor Orbán, candidatos de extrema derecha ganan elecciones sirviéndose del sentimiento de frustración y desesperanza, y promoviéndose con discursos que ofrecen renovación. Los partidos tradicionales, enfocados en la lógica de la logística del poder y de la gobernabilidad, se vieron afectados por el enorme desgaste sufrido por la institucionalidad, y el ciudadano común los culpa de las crisis económicas y sociales infligiéndoles el llamado voto de castigo.

Aprovechando ese malestar causado por el desempleo, la pérdida de poder adquisitivo, las crisis migratorias, la inseguridad pública, la desesperanza frente al futuro, los grupos de extrema derecha se fortalecen explotando la retórica antisistema.

En Brasil, Bolsonaro ha seguido esa trayectoria. Logró captar la insatisfacción causada por las crisis económica y política nacionales, exacerbadas por los escándalos de corrupción, y transformarla en poder electoral. Según esa lógica electoral, la culpa de la situación actual de Brasil es del sistema político en su conjunto, y los partidos políticos clásicos son uno de los blancos de esa crítica porque constituyen el sistema. Son el centro del corporativismo. El propio PT, que al inicio de su trayectoria partidaria representaba una alternativa, fue absorbido por la dinámica de la gobernabilidad, por tanto dejó de ser una opción antisistema.

Estamos frente a una tendencia política que no se fundamenta en cuestiones programáticas ni propositivas, sino en la mera negación: es antisistémica, antipartidista y antipetista. Es la política de los antagonismos. El rechazo al otro se convirtió en una fuerza electoral irresistible.

Dichos elementos discursivos ya estaban en boga y sonaban con fuerza desde el *impeachment* de la expresidenta Dilma Rousseff, momento en que se construye y fortalece la base social de Bolsonaro. La calle y las redes

se realinearon ahora contra el PT. Las calles, que tradicionalmente habían sido el espacio de grupos autodenominados de izquierda, comenzaron a ser ocupadas por nuevos protagonistas: banderas de Brasil, gritos nacionalistas, un repertorio patriótico, que desde 2013 se presentaba con timidez, eclosionó en 2015 y 2016 en las mayores ciudades brasileñas, fundamentalmente en São Paulo.

Según la encuestadora Datafolha, 82 por ciento de los que acudieron a la manifestación de la Avenida Paulista del 16 de marzo de 2016 habían votado por Aécio Neves, del PSDB, 76 por ciento tenían estudios superiores y 68 por ciento, un ingreso igual o superior a cinco salarios mínimos.

De acuerdo con las investigaciones que realicé con Pablo Ortellado⁴ y Lucia Nader,⁵ si se observa en retrospectiva, durante las manifestaciones en favor del *impeachment*,⁶ durante 2015, ya era visible la prebolsonarización social. Nuestro propósito era entender el perfil político e ideológico de los manifestantes y las motivaciones que los hicieron salir a las calles. Intuíamos que tras el evidente antipeptismo se ocultaba un sentimiento de rechazo antisistema más profundo y complejo. Para ello, llevamos a cabo una serie de indagaciones cuantitativas, formuladas a manera de cuestionarios mediante los cuales se buscó establecer el perfil de los manifestantes en temas como la confianza en los partidos y liderazgos, los valores, la moral y la filiación política.

La aplicación de encuestas continuó durante 2016 y 2017, lo que nos permitió obtener una imagen bastante

⁴ Pablo Ortellado es un filósofo, profesor universitario y columnista brasileño. Se especializa en la gestión de políticas públicas. [N. de la T.]

⁵ Lucia Nader es una empresaria y activista por los derechos humanos brasileña. [N. de la T.]

⁶ Véase Marina Rossi, "Perfil de quem foi à Paulista destoa de lideranças e não poupa ninguém", en *El País*, 19 de agosto de 2015, en https://brasil.elpais.com/brasil/2015/08/18/politica/1439928655_412897.html y Pablo Ortellado, Esther Solano y Lucia Nader, "Um protesto contra todo o sistema político?", en *El País*, 14 de abril de 2015, en https://brasil.elpais.com/brasil/2015/04/14/politica/1429037495_877092.html.

significativa de esa dinámica progresiva de construcción de negaciones políticas que, ya en 2018, sería la base de la candidatura de Bolsonaro.

Se aplicó un promedio de 500 cuestionarios por manifestación de protesta, por lo que el margen de error, habiendo un 95 por ciento de confianza, era menor a 5 por ciento. En la manifestación contra el PT del 16 de agosto de 2015, que se llevó a cabo en la Avenida Paulista, 96 por ciento de los asistentes declaró no estar satisfecho con el sistema político. El 73 por ciento afirmaba no confiar en los partidos y 70 por ciento no creer en los políticos. El antipartidismo y el rechazo a la figura del político tradicional mostraban mucha fuerza. Cuando preguntamos por el político que inspiraba más confianza, el nombre de Bolsonaro ya figuraba en primer lugar: 19.4 por ciento de los entrevistados confiaba mucho en él.

En esa misma manifestación, sólo 11 por ciento de los presentes dijeron confiar en el PSDB (partido de centro-derecha tradicional por el que habían votado mayoritariamente en 2014) y 1 por ciento por el entonces Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB, hoy Movimiento Democrático Brasileño [MDB], que ocuparía la presidencia de la república de proceder el *impeachment* pedido por los manifestantes). Ya estábamos frente al preludio de lo que sería la sangría electoral tucana de 2018.

De igual manera, planteamos una serie de posibilidades como respuesta a la pregunta de quién podría resolver la crisis brasileña. Entre las opciones propuestas por nuestro equipo de investigación, 56 por ciento concordaba total o parcialmente en entregar el poder a alguien externo al juego político, 64 por ciento en dárselo a un juez honesto y 88 por ciento a un político honesto. Se trataba de la construcción progresiva de las figuras de Bolsonaro como *outsider* honesto y del juez Sergio Moro como salvador de la nación.

Los manifestantes aseguraban que para salir de la crisis sería indispensable un político *outsider* honesto, es decir, alguien no identificado con la máquina corrupta y plagada de corporativismo del poder político tradicional. La

solución provendría de fuera del sistema. En un escenario donde la corrupción política parecía ir en aumento, valores como la honestidad y la ética resultaban imprescindibles en el prototipo de político deseable.

Más allá de esos discursos, los grupos que organizaron las manifestaciones, principalmente Movimiento Brasil Libre (MBL), Sal a la calle (Vem para a Rua) y Rebeldes Online (Revoltados Online) movilizaron con enorme fuerza el discurso antipetista que, con frecuencia, derivó en un anticomunismo cuya retórica remitía a los tiempos de la guerra fría. Este antipetismo estuvo marcado por un fuerte contenido de clase y era contrario a la igualdad. Nuestro trabajo como investigadores consistió en recopilar las frases anti-PT de mayor circulación en las redes sociales y verificar su nivel de popularidad en las calles.

En São Paulo, en la protesta del 12 de abril de 2015, 60.4 por ciento de los manifestantes afirmaron que "Bolsa Família financia a los flojos" y 70.9 por ciento que "las cuotas raciales generan más racismo". Es la lógica de la clase media tradicional, los *taxpayers*, que se siente abandonada por el gobierno al mismo tiempo que rechaza la movilidad ascendente de los más pobres. Una retórica antipetista con fuertes rasgos de antizquierdismo y anticomunismo, y con una carga de *fake news*.

En la misma protesta de abril de 2015, también fuimos testigos de las *fake news* con mayor circulación en las redes sociales: 56 por ciento aseguraba que el Foro de São Paulo quería crear una dictadura bolivariana en Brasil; 53 por ciento creía que el grupo de crimen organizado Primeiro Comando da Capital (PCC) era un brazo armado del PT y 42 por ciento que ese partido había traído a 50 000 haitianos para que votaran por Dilma Rousseff en 2014. En ese tenor, para 64 por ciento de los entrevistados, el PT quería implantar un régimen comunista en Brasil; es decir, se estaba llevando a cabo la simbiosis entre petismo, izquierdismo y comunismo. Finalmente, la corrupción era el motor de la retórica antipetista. Para 85 por ciento de los entrevistados, los desvíos de Petrobras eran el mayor escándalo de corrupción de la historia brasileña. El Lava

Jato (en este caso refiriéndose al lavado de activos) ya se estaba posicionando como elemento fundamental de la ciminalización petista y de la bolsonarización política.

Después de este ciclo de investigaciones con manifestantes a favor del *impeachment*, en 2017 y 2018 me dediqué a entrevistarme con electores de Bolsonaro en la ciudad de São Paulo, con distintos perfiles sociodemográficos. Los escuché con mucha atención. Mi objetivo era comprobar cómo aquellos factores detectados en las protestas a favor del *impeachment* habían evolucionado configurando el campo político bolsonarista, porque, según mi percepción, desde 2017 muchos de los presentes en las protestas anti-PT de 2015 y 2016, en su mayoría votantes del PSDB, como lo comenté, estaban cambiando de opción electoral y se inclinarían por Bolsonaro en vez de por Geraldo Alckmin, desertando del bando *tucano*. Constaté cómo los elementos antisistema, antipartido, antipetismo, antiizquierdismo fueron esenciales para la victoria del hoy presidente brasileño, elementos que ya estaban germinando en el contexto del *impeachment*.

A continuación detallo el resultado de este segundo ciclo de investigaciones, más actual, con simpatizantes de Bolsonaro, analizando lo dicho por los entrevistados.

Uno de los puntos que con más insistencia aparecen en las entrevistas como legitimadores del voto a favor de Bolsonaro es que él sería una opción "diferente", un *outsider* y, más aun, alguien antisistema, capaz de enfrentar a una lógica política totalmente corrupta. El concepto "esperanza" está presente en innumerables declaraciones. Un político diferente porque sería honesto y auténtico, firme o con las cualidades necesarias para no dejarse llevar por los usos y costumbres de la política. El diseño de la campaña de Bolsonaro consiguió transformar al antiguo diputado federal en una figura *antimainstream*, capaz de capturar el voto de protesta, frustración y enojo contra el sistema político.

Todos los partidos políticos son percibidos como lo mismo, como corporativos y preocupados por mantener sus privilegios. Insisto en que, al igual que sucedió duran-

te las manifestaciones a favor del *impeachment*, a lo largo de la campaña electoral el antipetismo fue el elemento discursivo y estético más evidente, pero el antipartidismo afectó de forma contundente a fuerzas políticas tradicionales, como el PSDB y el MDB, y esto es clave para entender la migración de votos de estos grupos hacia la candidatura de Bolsonaro.

Es la concepción binaria de lo viejo frente a lo nuevo presentada como una nueva categoría de enorme impacto político. Lo viejo es rechazado y la novedad política aparece como un valor en sí mismo. □Voto por Bolsonaro como un desahogo; porque él es diferente. Ya sé que era diputado federal, pero nunca se vio involucrado en actos de corrupción, nunca fue como ellos. No se vendió. Además no le dará miedo cambiar las cosas porque no tiene cola que le pisen. Yo antes votaba por el PSDB, pero ya no, son iguales al PT: puros corruptos. Son la misma cosa. Bolsonaro va a acabar con todo eso." (Entrevistada M, 40 años, clase B.)

La corrupción está en el centro de los argumentos que revelan el menosprecio por el sistema. No sólo los políticos profesionales son considerados "sucios" y corruptos, también el propio quehacer político provoca sentimientos negativos como vergüenza y rechazo. Ligada a esta negación de la política como actividad eminentemente política está la Operación Lava Jato.

La gran mayoría de los entrevistados apoyaba fervorosamente dicha investigación, no desde el punto de vista institucional, sino impulsados por una justicia mesiánica contra quien consideran el enemigo. El juez Sergio Moro es considerado por muchos como un héroe, un salvador que "tiene una misión", como "un enviado", y aún más: están convencidos de que "va a limpiar a Brasil" de los políticos corruptos que, en el contexto de una visión moralista y dualista de la justicia, representan el mal, el enemigo por exterminar.

En las opiniones de los entrevistados, el concepto "limpiar" aparece muchas más veces que el de "justicia". Así, el proceso penal como una especie de espectáculo donde

el juez es una figura militante y las operaciones contra la corrupción una forma de criminalización teatralizada de la política abona al sentimiento colectivo de que la política es una tarea despreciable y, por tanto, debe negarse e inclusive combatirse:

Yo apoyo totalmente la [Operación] Lava Jato. Moro es nuestro héroe. Él va a limpiar a Brasil de ese cáncer. Y ni hablar de derechos de los corruptos. Si quieren tener derechos, que no roben. ¿Robaron y todavía quieren tener derechos? Qué cinismo. Pobrecitos, ¿no? (Entrevistado C, 35 años, clase C).

Junto a la desaprobación de la política y los políticos tradicionales en las entrevistas surge muy marcadamente un discurso de la meritocracia y del hiperindividualismo; la política es despreciable; el camino es el esfuerzo personal. Es la lógica de la negación del colectivismo en pro del esfuerzo individual:

Los políticos y el Estado intervienen demasiado en todo. Dejen a las personas trabajar en paz y ellas encontrarán soluciones. Con trabajo se logra todo (Entrevistada D, 55 años, clase B).

Además de la negación de la política como actividad colectiva, el antiizquierdismo fue uno de los elementos más explotados por la campaña de Bolsonaro. Uno de los hechos más interesantes a nivel simbólico de la campaña fue el resurgimiento del anticomunismo en la propaganda electoral. El antipetismo tan presente en las manifestaciones a favor del *impeachment* se transformó en un furioso antiizquierdismo. Cabe recordar que las clases medias brasileñas votaron preferentemente por Bolsonaro.

Como antes señalamos, el antiigualitarismo y, muchas veces, el ataque directo a los más pobres forman parte de la estructura de la lógica antipetista. Durante la campaña de Bolsonaro se explotó el miedo al regreso del PT al poder. Se decía que de haber ganado la elección habría hun-

dido en el país en la mayor crisis económica de su historia y establecería un régimen comunista, bolivariano, ya que, se afirmaba, el PT habría establecido peligrosos nexos con el Foro de São Paulo y Venezuela. La vieja retórica de la amenaza roja y del fantasma del comunismo.

Recuérdese que en las manifestaciones de 2015 la presunta relación entre comunismo y PT ya era fuertemente señalada por grupos como el Movimiento Brasil Libre (MBL) y Sal a la calle. Desde ese año ya había manifestantes que, al aplicárseles los cuestionarios, tachaban a la Red Globo de comunista y decían que el entonces Ministro de Hacienda, Joaquim Levy, quería implementar un régimen económico comunista en el país. Para 2018, el discurso sobre el peligro de bolivarianización de la política, que satanizaba a Venezuela y que retomaba el constructo sobre el supuesto nexo Venezuela-comunismo-PT se potencia al extremo.

Oye, el PT sólo gobierna para los pobres. Bolsa Família, beca limosna, beca no sé qué. La gente de la clase media que es la que paga los impuestos no recibe nada. [Los del PT] siguen siendo la pandilla más grande este país y nos tienen hundidos en la mayor crisis de la historia. Si volvieran a ganar, Brasil se convertiría en Venezuela, habría un régimen comunista y tendríamos de irnos de aquí. Va a ser un caos. (Entrevistado J, 20 años, clase A.)

Pero el antagonismo no se dirige únicamente al PT. Durante la campaña de Bolsonaro, la figura del enemigo sufre un ensanchamiento que abarca a todo el espectro progresista. El discurso simbólico construido durante dicho proceso difundía que las izquierdas "categoría polisémica que incluía a activistas por los derechos humanos, profesores, manifestantes" eran una "bola de vagabundos" que "maman de las ubres del Estado" y "quieren que los delincuentes gocen de derechos", según la lógica binaria que separa a las personas en ciudadanos de bien, por un lado, los que encajan en los esquemas conservadores y

meritocráticos, y por el otro los delincuentes, o sea todos los que no entran en ese patrón.

Se incluye a los profesores en el bando de los delincuentes porque, se presume, estarían adoctrinando a los alumnos y convirtiendo los salones de clase en una palestra política. Es la lógica de la Escuela Apartidista: la que provee una enseñanza neutra, despolitizada, desideologizada versus la perversión política y partidista del salón de clase.

El antiintelectualismo es un asunto que sobresalió en la campaña. Se cuestiona el papel de intermediadores de los políticos, al igual que de los profesores e intelectuales. ¿Por qué debo aceptar que la política esté en manos de políticos profesionales? ¿Por qué debo aceptar verdades científicas y académicas validadas por intelectuales? Se trata de negar a todos aquellos que tradicionalmente fungieron como mediadores entre los individuos, el conocimiento y la participación política.

La candidatura de Bolsonaro se erigió y potenció a partir de la negación de las diferencias políticas y la moralización del debate público, presentando a los adversarios como enemigos no sólo políticos, sino también en el terreno de lo moral y lo religioso.

Es la política de la enemistad. El otro es lo negativo en términos absolutos, el mal, quien amenaza mi forma de existencia y, por tanto, debe ser exterminado.

Obviamente se hace un continuo llamado al miedo y a la manipulación de los sentimientos negativos como instrumento político. En ese sentido, para atacar el universo progresista y académico, se vale todo tipo de embestidas, pero de preferencia las de tipo moral con el fin de exhibir a esos actores que le niegan a la familia tradicional cristiana la posibilidad de existir y, por tanto, todo aquello relacionado con la sexualidad, sobre todo la sexualidad infantil, resultó muy eficaz.

La historia nos ha enseñado cuán efectiva es en muchos momentos la instrumentalización de las represiones y los miedos de índole sexual. Las izquierdas devienen una

amenaza no sólo para el orden social y el modelo que las relaciones sociales debieran seguir, sino también para la propia integridad de nuestros niños. ¿Quién no tendría miedo de un peligro así?:

Si eres mujer tienes privilegios, si eres gay, también; lo mismo si eres negro. ¿Y nosotros? Si eres hombre y además macho nadie te apoya (Entrevistado J, 39 años, clase B.)

Siguiendo esta línea de razonamiento, llama la atención que existieran mujeres y miembros de la comunidad LGBTTTI que declararan que votarían por Bolsonaro. Vale la pena explicar mejor esos casos. Entre ellos hay una evidente minimización del discurso misógino y de fobia a la comunidad LGBTTTI de parte de Jair Bolsonaro, pues para ellos él estaría simplemente "bromeando" o "exagerando". La libertad de expresión se posiciona como derecho inalienable contra una supuesta dictadura de lo políticamente correcto en relación con los movimientos identitarios. Por otro lado, las opiniones de estas personas están permeadas por un absoluto rechazo a los movimientos porque, desde su perspectiva, serían exagerados, violentos, problemáticos y demasiado exhibicionistas. Dichos movimientos serían culpables de la opresión que ellos buscan combatir. Incluso, hay menosprecio por la lucha colectiva, pues no garantiza la conquista de más derechos y en cambio se privilegia el esfuerzo personal y la meritocracia:

Bolsonaro a veces exagera. Como es tan sincero, habla un poco de más y bromea, pero nada que ver. Él quiere lo mejor para nosotras, sólo que no dice lo que la prensa quiere escuchar. Yo sé que la mujer no tiene los mismos derechos que el hombre, pero soy antifeminista. Las feministas sólo quieren privilegios; son unas locas, son agresivas. Causan más problemas de los que tenemos. Dividen al mundo en hombres y mujeres. Si uno quiere derechos iguales tiene que trabajar y esforzarse, así es. (Entrevistada C, 50 años, clase B.)

Conclusiones

Jair Bolsonaro no sólo es ya el nuevo presidente. La bolsonarización de la sociedad es un fenómeno complejo y multifactorial que irrumpió en nuestra realidad con mucha fuerza. Elementos altamente corrosivos para la democracia, como la retórica antisistema y la instrumentalización de las ansias de renovación política, las alabanzas a una justicia mesiánica, el antipartidismo, la visión del adversario político como enemigo por aniquilar, el antiintelectualismo, fueron fundamentales para la victoria de Bolsonaro. Una candidatura construida a partir de la negación de las diferencias y de la exaltación de un pensamiento único y embrutecido. La paradoja en la que nos encontramos es que al mismo tiempo que la extrema derecha en el mundo impone un proceso descivilizatorio, se coloca a sí misma como alternativa de futuro para mucha gente.

A la vez que se funda en las negaciones políticas, la extrema derecha está haciendo que muchos individuos se sientan empoderados políticamente porque no se muestra elitista, sino popular, apelando continuamente a sus bases y a sus militantes, y dirigiéndose a las masas que fueron abandonadas por el sistema político tradicional.

La esperanza y las respuestas, para muchos, ya no provienen de las izquierdas ni de las derechas tradicionales ni de la socialdemocracia. Se presenta ante nosotros un desafío gigantesco.

El fenómeno Bolsonaro y la extrema derecha mundial, con sus candidaturas enormemente vacías de propuestas programáticas y esculpidas según la política de la enemistad y del grito, tienen una fuerza simbólica enorme; están movilizando valores de forma a todas luces eficaz.

La extrema derecha seduce porque conecta con aspectos emocionales. En un momento mundial extraordinariamente complejo, cuando la mayoría de las personas experimenta una evidente inseguridad existencial, esta comunicación emocional es un potente motor político. En Brasil, un país cuyas heridas históricas no han sanado, Bolsonaro logra remover esas cicatrices, los resentimien-

tos, la rabia, las angustias ontológicas de muchos. En ese sentido, la extrema derecha está provocando un retorno a la política a través de la disputa entre imaginarios y subjetividades, colocando las emociones en el centro del debate.

El campo de la política institucional, inclusive la de la izquierda, estuvo muy atado a la fuerza motriz de la gobernabilidad que convierte a la política en rehén de las tareas cotidianas de negociación, administración, de la burocracia, de la logística del poder.

La extrema derecha, con su propuesta incivilizada, nos recuerda que las fuerzas democráticas nunca debieron dejar de lado los debates basados en los simbolismos, los valores y las subjetividades; aquéllos que abordaran las formas de entender y estar en el mundo. La extrema derecha conecta con los valores de la negación, con el miedo, con el odio, con la incapacidad de lidiar con el otro como ser humano, con los fascismos de lo cotidiano.

El ámbito democrático debe entender que todos esos sentimientos forman parte del ser humano, de su formación como sujeto político y debe también dialogar con ellos, pero desde la perspectiva de la construcción del proceso civilizatorio, incluyendo en el debate el poder de los sentimientos positivos y creativos como la esperanzas, la tolerancia o la posibilidad de una vida en conjunto.

Ese ámbito democrático debe abandonar la política de la mediocridad y recuperar la política en tanto fuerza que piensa y mueve al mundo. Si no lo hiciere, la lógica antisistema y antipartido siempre mostrará su eficacia y el aprovechamiento de las emociones por parte de proyectos políticos antidemocráticos siempre resultará viable. El ámbito democrático debe recuperar la política.

Bibliografía

Rossi, M., (2015) "Perfil de quem foi à Paulista destoa de lideranças e não poupa ninguém", en *El País*, 19 de agosto de 2015 [En línea] Brasil, disponible en: https://brasil.elpais.com/brasil/2015/08/18/politica/1439928655_412897.html [Consultado el 15 de enero de 2018]

Ortellado, P.; Solano E. y L. Nader, (2015) "Um protesto contra todo o sistema político?", en *El País*, 14 de abril de 2015 [En línea] Brasil, disponible en: https://brasil.elpais.com/brasil/2015/04/14/politica/1429037495_877092.html [Consultado el 15 de enero de 2018]